

VII.

EL ETERNO.

El hombre me ha faltado, y se ha herido contra el mal. ¡Ingrato! El Edén, que había yo creado tan hermoso y resplandeciente, lleva una túnica de negras nubes; el Océano hierve abrasado por la tempestad, y se revuelca en su ancha copa como queriendo salir de su centro; el génio de la muerte rueda en torno del Universo, cubriéndolo con sus negras alas; y la tierra se sumerge en la desesperacion, como el gran hipopótamo en su lecho de fango. ¡Oh! Una lágrima ha corrido por mis mejillas; una lágrima que, al evaporarse, ha derramado un mar de vida en los infinitos espacios. Yo había hecho la criatura para el bien. Encerrado el hombre en la más hermosa de las formas, iluminada su mente por la claridad de los cielos, perfumados sus lábios con el eco de la

eterna palabra, encendido su corazón en el universal amor, compuesta su sangre de la sávia más pura de la naturaleza, renovada su existencia por el continuo soplo de los aires, hecho su espíritu el único espejo bastante claro para reflejar en toda su magnitud la creacion, convertida su libertad en la fuerza sublime que elevaba hasta mí todas las criaturas animadas por el fuego del humano pensamiento; la armonía del Universo nunca se hubiera roto, y los infinitos tiempos habrían sido siempre testigos del eterno amor de la naturaleza con el espíritu; vivida llama á cuyo calor hubieran brotado miríadas de miríadas de nuevos mundos, tan benéficos para la naturaleza como la lluvia pura y fresca en el abrasado estío para las sedientas arenas del desierto. El hombre se ha clavado hasta el corazón la espina del mal, que yo había escondido á sus ojos entre guirnaldas de flores; y ahora el camino al bien será lento; la tierra le ofrecerá por dó quier abrojos; la lucha con la naturaleza tomará el aspecto de una gran tempestad, en que el espíritu habrá de encender la mitad de la creacion para vivificar la otra mitad; el trabajo de las generaciones las dejará yertas sobre la faz de la tierra; un siglo alumbrará á otro siglo con las hogueras formadas

de los huesos amontonados en los campos de batalla; la cuerda del dolor vibrará en la lira del arte, apagando el sonido de todas las armonías con que yo habia dotado la imaginacion del hombre; y á su paso por los montes, por los valles, por los desiertos, la humanidad dejará una huella de sangre, que no podrá borrar ni la eterna lágrima caída de mis ojos sobre el Universo. Venid, mis ángeles, venid; consoladme con vuestro cántico; repetidme con las notas de vuestras arpas el gran poema que yo escribí con signos de soles en la inmensidad; cantadme, cantadme las maravillas de la creacion, ya que en este instante solo se puede oír un sollozo en los abismos de la naturaleza.

EL ÁNGEL ORIEL.

El tiempo no habia aún desplegado las alas, ni el espacio habia extendido sus riberas para que corriese por ellas el gran río de los orbes. Dios, en su soledad, dilatava su incommunicable esencia por lo infinito. El sér, en toda su sencillez, en toda su grandeza, estaba en Dios, como el vapor está en el agua y la luz en el sol. En Dios vagaba el eterno tipo del Universo, el eterno ideal de la verdad, el Verbo. Sobre el insondable pavoro-

so abismo, donde habia de hervir la futura vida y germinar el Universo, extendia el espíritu de Dios sus alas, como el águila de los vientos se extiende sobre su nido alzado en el pico desnudo y solitario de las montañas. El pensamiento divino quiso tomar forma, comunicándose con su eterna palabra. Entonces, desde la cima de la gloria cayó despeñada con grandioso rumor, alcanzado solo por el oído de Dios, la gran catarata de los tiempos. El espacio se desplegó á su vez, como el ala escondida del tiempo que se abria en lo infinito, ansioso de recibir la lluvia de soles que sobre él iba á despedir la eterna palabra. En aquel instante floreció la gloria de Dios, y de sus flores salieron, como nubes de mariposas, los ángeles, cuyo cántico era la forma de las ideas divinas, arquetípicas, que habian de preceder á la expansion amorosa de la naturaleza. El pensamiento divino, arrojado en la palabra sobre los espacios solitarios, encendió el primer gérmen de la materia, el primer albor de la naturaleza. El éther, que, luminoso, impalpable, ténue como una idea, inundó los abismos infinitos, rodó por los espacios como la áurea gasa que el sol extiende ahora sobre la naturaleza, y fué ensayando varias formas, ya nubes de fuego, ya arenas de oro, ya ondas lumino-

sas agitadas por el huracan, ya átomos despedidos por el primer choque de la vida, que subia como una gran tromba en espirales á las alturas, arrastrando en el vértigo que inspiraba su grandeza hasta la mente de tus ángeles, y apagando con su voraz hervidero, majestuoso como la voz de todas las tormentas condensadas en una sola tempestad, el cántico de tu gloria, en cuyas esferas se reflejaba aquel gran semillero de mundos, que á través de la inmensidad, volando como una inmensa ave de fuego, y esparciendo cometas como plumas desprendidas de sus alas, buscaba el centro donde habia de posarse, y la ley divina de su naturaleza, para no desconcertar, Señor, tus eternas armonías. Entonces vimos el Universo en una inmensa explosion de la vida, rodando en perpetuo movimiento sobre los espacios como el mar sobre su inmenso lecho de rocas y de arenas. Entonces, Señor, los átomos luminosos azotaron el rostro de tus ángeles suspendidos sobre la creacion, como ahora el polvo que el huracan levanta azota el rostro del hombre. Entonces tu palabra hizo que el árbol de la vida se agitara, y cayeran, como gotas de rocío desprendidas de sus hojas, los soles, que al tocar en el espacio sonaron como la gota de lluvia caída en el lago, y un cántico de

triunfo se exhaló del seno de la materia en esta primera ebullicion de la vida. Nuestros ojos miraban extáticos el éther condensarse, los astros nacer como flores de oro, los soles oscilar sobre lo infinito, las esferas componer sus divinas armonías, los planetas atraer con su amor á sus tímidos satélites, las pálidas nebulosas, como vapores de luz, ensayar gérmenes de nuevos mundos, los cometas arrastrarse en rápido movimiento como huracanes de fuego, las constelaciones revestir sus fantásticas formas y componer sus ideales figuras como bellos modelos de las creaciones venideras, la gravitacion universal arrojar aquellas miriadas de miriadas de mundos, de soles, de cometas, de astros, de luz, de fuego, de electricidad, como una onda sonora cuyo eco resonaba en lo infinito, besando las plantas del Eterno, que extático escuchaba aquella gran música de su creacion, radiante y hermosa en la primera expansion de la vida. Y entonces el Eterno señaló un mundo perdido en aquellas arenas de soles. Era la tierra. Nosotros la vimos sumergida en Dios como la esponja en el mar, hechà una gran masa ignea, sobre la cual flotaba como purpúrea nube el rojo gas; dejando caer luego del seno de esa atmósfera encendida el agua que la cubria con sus hirvientes vapores;

forjando en sus hornos, entre horrisonos truenos y pálidos relámpagos, el granito; abriendo las cien bocas de sus volcanes, para mandar á las alturas el fuego que no podía contener en sus entrañas; enfriando con su soplo la materia incandescente, para convertirla en hermosas cristalizaciones; desarrollando las afinidades químicas de sus grandes sustancias, y componiendo nuevos cuerpos para aumentar las formas brillantes de la vida; levantando del seno de esta gran comunicacion de las aguas con el aire y con el polvo humedecido vegetales gigantescos, cuyas anchas hojas cubrian el suelo surcado por la tempestad; amasando con las aguas del Océano y las semillas sobre ellas caídas, y en ellas guardadas, la levadura de la sustancia animal; componiendo con las pálidas centellas que salian de su electricidad, los primeros seres animados; levantando trombas de materia cósmica á lo infinito, que al caer sobre las aguas formaban montañas, islas, continentes; desarrollando la esencia que en su seno rebotaba, en seres deformes, inmensos, en mastodontes, en paquidermos que parecian á nuestros ojos montañas animadas y en movimiento, como ensayos toscos hechos en una gran matriz para preparar seres más perfectos; construyendo el círculo de la or-

ganizacion, desde la esponja al zoófito, desde el zoófito al pez, desde el pez al reptil, desde el reptil al ave, desde el ave al cuadrúpedo, para hacer con estos grandiosos eslabones de la cadena de los seres un pedestal inmenso al hombre, cuyo templo es la creacion, porque el hombre traia en su frente el espíritu; y despues de estas grandes y tremendas evoluciones que habian agotado nuestra admiracion y nuestro asombro, vimos á la tierra perderse en la inmensidad como una gota de la gran catarata de la vida, que el Eterno habia derramado, abriendo sobre lo vacío su mano omnipotente.

EL ETERNO.

Consoladme, mis ángeles, consoladme. Mi Verbo ha llorado, y su gran sollozo resuena aún en las profundidades inmensas de los cielos. Cantad, mis ángeles, cantad. Espiritus puros, luminosos, sois como los átomos de luz con que la aurora inunda el cielo, y llenais con vuestros cánticos el espacio que separa la naturaleza del Creador. En círculos inmensos, con los ojos alzados siempre á lo infinito, extáticos, embebecidos en el amor divino, volais, como irradiaciones de mi pensamiento, sobre el Universo. Vosotros teneis

en la mente gérmenes de nueva vida , en los labios palabras para alentar á los orbes cuando se desmayen cansados de su eterna carrera, en vuestro aliento aromas para perfumar las flores , en los ojos luz para teñir con nuevos y más suaves reflejos los hermosos cielos. Cuando os suspendeis sobre la creacion, abriendo vuestras grandes alas y exhalando vuestro cántico inmortal, y volais entre los torrentes de luz que la vida derrama por los espacios, los orbes se regocijan, se encantan, se magnetizan más, como poseidos de un inmenso amor. Vosotros, espíritus puros é incommunicables, os tendeis en las ondas del aire, palpitaís en el átomo de luz que los soles mandan á los planetas, os encerrais en la gota de rocío que pende trémula de la hoja del árbol, vivís en toda mi creacion, y me traeis en vuestros labios el ósculo amoroso de la naturaleza. La creacion seria como un inmenso desierto, si entre el espacio que separa un astro de otro astro, un sol de otro sol, no hubiera arrojado esas nubes invisibles de ángeles, que son como los vapores del espíritu que todo lo llena, encendiendo el fuego del amor divino en el altar de la naturaleza. Desde aquí os veo descender de mi gloria, abrir vuestras alas en la inmesidad, correr de un mundo á otro mun-

do como la mariposa que salta de flor en flor, coronar vuestras sienes con un rayo purísimo de luz, agitar el éther de la vida con vuestro vuelo, pulsar vuestras arpas, cuyas notas conciertan con las notas de los mundos, y derramar en el gran conjunto de la naturaleza ese amor, ese fuego, esa armonía que habeis bebido en mi eterno seno. Si yo quisiera objetivaros, revestiros de formas visibles; si en vez de esos cuerpos transparentes os encerrara en las manifestaciones de la materia cósmica, ahora mismo levantariais un nuevo Universo en las arenas de los astros, Universo cuya cúspide se perderia en mi trono. Entonces el mundo veria con sus ojos de carne todas las creaciones posibles, que estallarían espléndidas en la inmensidad. Pero ahora, ángeles, hermosos ideales de la vida, sois en lo infinito lo que la pálida nebulosa en el cielo, lo que la fosfórica estela en el mar.

ORIEL.

Señor: el ángel no siente toda la vida, no alcanza todo el sér. Yo he volado por lo infinito, y he visto salir de mis alas rizadas por tu aliento nubes de mundos. Yo me he ceñido mi túnica, y en el resplandor de sus gasas de luz he derrama-

do el día en horizontes oscurísimos. Yo he descendido hasta un astro y he llorado, y le he visto beber mis lágrimas como la paloma bebe el agua de la lluvia que se posa en los oyuelos de las montañas. Yo he bajado hasta besar la flor, y he depositado en su cáliz mi aliento. Yo he pulsado el arpa de oro que me diste, y de cada un de sus notas he visto salir una estrella, que ha rodado dejando un astro de luz en la inmensidad fecundada por tu aliento creador. Yo he estrechado contra mi seno á los ángeles mis hermanos, y juntos hemos subido hasta tu mente, ansiosos de perdernos en tu espíritu incommunicable, como el aroma se pierde en el aire y las gotas de lluvia en el mar. Y despues de haber sembrado en los surcos de los espacios los mundos que recibia de tus manos, despues de haber encendido por tu mandato con la antorcha de la vida los soles, despues de haber esculpido con el cincel de las formas las montañas, despues de haber pintado las hojas de las flores, ¡ay! Señor, cuando vuelvo la vista al hombre, á mi hermano, y le veo llorar, me siento descorazonado y triste.

EL ETERNO.

Alégrate en el espectáculo de la naturaleza.

Sondea las profundidades del cielo, mira el trasparente y claro espejo de los espacios; y una alegría infinita sacudirá todo tu sér, si contemplas el eterno crepúsculo de la luz increada que se refleja en todas las cosas; la gravitacion que une y armoniza un sol con otro sol; el fluido impalpable por el cual van como nadando los mundos, arrastrados por el amor universal; las grandes tempestades de magnetismo que ruedan por lo infinito; los haces de estrellas que cuelgan de las esferas como doradas espigas; los puntos luminosos que llenan la gasa formada por el éther cósmico; las auroras boreales que ciñen con su encendido carmin los polos de los planetas; el movimiento cadencioso de las esferas, que produce una mística armonía; las infinitas nebulosas, en cuyos senos disueltos y vaporosos hierven nuevos mundos que van á emprender su carrera triunfal por sus inmensas órbitas; el continuo centellear de la luz en las estrellas, que ora las viste de rojo, ora las torna blancas como una pura ilusion, ora verdes como lucientes esmeraldas, ora del matiz misterioso de la violeta, ora como diamantes que reverberan por la virtud de su cristalización todos los colores; semejándose esos orbes, esos planetas, esas estrellas en sus revueltos tor-

bellinos de electricidad y de luz, á brillantes alados insectos que nacen de la eterna corola de los cielos.

ORIEL.

En verdad es hermoso el cielo, y más hermosa aún tu suma esencia ¡oh eterno Dios! Volar entre los astros; oír las arpas de tus ángeles; bañarse en el éther de la gloria; mirar el ideal del Universo; encantar con los aromas despedidos de nuestros labios todos los espacios; bajar hasta los últimos límites del sér, donde solo hay mares de nieve; subir hasta tu mente, donde hay mares de luz; impulsar á un mundo que se cansa; guardar las últimas centellas de un sol que se apaga; refrescar á la tierra con un beso de amor cuando el calor la enciende; abrir las manos y derramar flores; recoger un cometa perdido y llevarlo en nuestras alas á su órbita; sorprender un meteoro que cae y engarzarlo en su centro de gravedad; todo esto regocija el alma, porque es el cumplimiento de nuestro destino en la vida, y el cumplimiento de nuestro destino es el bien, manifestacion de tu eterna esencia. Pero, Señor, ¿por qué pusiste en mi pecho ese amor hácia el hombre? ¿Por qué dijiste que habíamos de seguirle

en los senderos de la vida? ¿Por qué nos enseñaste la senda que habia de hollar, senda sembrada de flores? ¿Por qué nos llamaste sus ángeles custodios? Yo muchas veces he velado su dulce sueño, le he inspirado la oracion que pronunciaban sus labios, he infundido en su corazon tu amor, he penetrado hasta en su mente y le he dicho tu pensamiento, y ahora que padece, ahora que se ha clavado el mal en el corazon, ¿voy á dejarle abandonado á su desesperacion y á su dolor?

EL ETERNO.

Antes el hombre era bueno, era inocente, y mis ángeles podían comunicarse con él y derramar las balsámicas esencias de mi cielo en su camino. Pero ahora el deseo de la dominacion le ha convertido en un tirano soberbio, y querrá humillar, esclavizar á sus hermanos para poner sobre sus espaldas el trono de tinieblas que ha levantado sobre las flores marchitas del Edén.

ORIEL.

¡Ay, Señor! Cuando he dorado el astro, cuando he pintado la flor, cuando he puesto la lira en la garganta del ave, cuando he coronado de es-

puma el mar, cuando he desplegado el manto de tus cielos, cuando por tu mandato he ido colgando las gasas de las nebulosas en los confines del espacio; en medio de tantas y tan maravillosas obras tuyas, he sentido una inmensa tristeza, porque yo no he contribuido, yo, que auxiliaba á todas las creaciones, no he contribuido á crear-me á mí mismo, yo no me he creado á mí propio; y un dolor inmenso ha traspasado mi corazón.

EL ETERNO.

¡Oh! Tú tambien me has faltado, tú. Baja, ya que quieres acompañar al hombre, baja. Ya que quieres contribuir á tu creacion, sabrás lo que te costará reintegrarte en la plenitud de un sér que vas á dejar entre las manos de los soberbios. Baja, baja, ya que quieres saber el esfuerzo que te costaria á tí mismo tu creacion.

LOS ÁNGELES.

Oriel ha desplegado sus grandes alas de luz, y ha hendido los espacios infinitos, alejándose de tu trono y buscando en el hervidero de los mundos la tierra. Perdido en los cielos, la materia impalpable que la muerte ha derramado en el éther, y

en la cual rozan todos los planetas dejando átomos de su vívida sustancia, le opone una inmensa resistencia; y su pecho, herido del amor humano, lucha con las pálidas ondas que le cercan, como el navegante que se ahoga. Le falta respiracion en su carrera, y llega á un astro y pliega sus manos, y se arrodilla en la cima de sus montañas, y dirige una oracion al cielo impregnada de lágrimas, mientras su canto de amor espira en su garganta, y sus alas se caen poco á poco destrozadas por los huracanes de electricidad y de magnetismo que combate, y que lo arrastran en sus torbellinos como el viento arrastra la pobre arista del campo. Los habitantes de todos los planetas, de todos los mundos por donde va pasando, le saludan amorosos y le dicen: ¿Dónde vas perdido como uno de esos aereólitos que los volcanes de los satélites arrojan en la inmensidad; dónde vas como una ráfaga de huracan; dónde vas como un cometa errante que ha desconcertado la armonía de las esferas? Y baja, baja, y se sumerge en el éther como la piedra arrojada al mar, y toca con sus alas todos los mundos que encuentra en su camino, como la mariposa atraida por la llama. En las ondas del tiempo van escondidos los orbes, como las arenas en las ondas del Océano.

Y en esa revuelta confusion de olas de luz que se entrechocan, rueda su cuerpo, herido por todos los dolores juntos, destrozado por las grandes tempestades de las esferas celestes; y su voz no desmaya, pues á medida que el ruido de los abismos y el estertor del trueno retumban en sus oídos, canta un himno al Creador, como el águila grita audaz cuando se encuentra perdida en el mar de fuego que entraña la negra nube cargada de tormentas. Su carrera en lo infinito es una carrera de amargura. Ya atraviesa un desierto en que el frío cuaja en hielo las lágrimas de sus ojos; ya se pierde en la materia incandescente donde hierven las nebulosas, y deja allí las plumas de sus alas consumidas por el fuego; ya choca contra los rayos de los soles, que amenazan fundir su cuerpo trasparente; ya se acuesta en una estrella errante y allí descansa un momento en lecho de oro, fatigado por su carrera; ya vuelve á hendir los espacios con sus alas tronchadas por el huracan; ya cabalga en la cola de un cometa que pasa á su lado, y mira con ojos radiantes de alegría los astros que cruzan por su camino entonando sus armoniosas plegarias; ya se artemiente, y quiere volver á la gloria, no encontrando un punto donde apoyar su pié para tomar há-

cia arriba su vuelo; ya, atraído y llamado por el amor infinito que le posee, se deja caer como cuerpo muerto, y entra en la atmósfera de la tierra, y siente el frío que lo hiela, y aparta con sus manos los mares de electricidad que lo cercan, y rasga el velo de la nube oscura; y jadeante, herido, llega á la cima de la montaña, y mostrando sus alas caídas sobre la espalda, su cabellera de luz esparcida, sus ojos arrasados en lágrimas, sus manos plegadas, sus labios vibrando una oracion, dice: «Perdonadme, Dios mio,» y un gran sollozo sube hasta lo infinito. Miralo, Señor, miralo, bajo un cielo oscuro, en el pico de una montaña nevada, rodeado de negras nubes que truenan á su alrededor, con la mirada perdida en lo infinito, llorando y diciendo á todas tus cosas tu nombre, inundado por la luz del relámpago, á cuyo fulgor luce aún la hermosura celeste de tu gloria, á pesar de que poco á poco su guirnalda de luz se apaga, sus alas se caen, su cuerpo trasparente se condensa y toma la forma humana, y con la forma humana siente clavarse en su corazon la primer espina de un infinito dolor.

EL ETERNO.

¡Sentia no haberse creado á sí mismo! Ahora

verá el dolor, el trabajo inmenso que le cuesta reintegrarse en su primitivo sér, en el sér sublime que recibió de mi creadora palabra. Mirad, mirad, ángeles, á la tierra.

VIII.

ABEL.

He venido á traer á la tierra la vida, y no la muerte. Errante por los bosques, he encontrado en mi camino la oveja inofensiva, inocente, que ha venido á calentar con su aliento mis miembros ateridos. Desde este punto la he sometido á mí, y la dirijo por montes y por valles. Cuando los primeros rayos de la aurora despuntan por el horizonte, borrando en sus álbos reflejos las indecisas estrellas, y el cielo brilla con la dulce esperanza del nuevo día, abandono mi cabaña, miro los presagios que los astros me señalan, reuno mi ganado, y lo conduzco á pastar la yerba cargada de rocío; cuando el sol calienta, lo llevo á la sombra de las encinas, donde sestea, metiendo cada oveja su cabeza bajo el vientre de su compañera, y entregándose todas á dulce reposo; cuando cae